

[Recogido de esta y aquellos  
+ III]



## ESPAÑA Y LOS ESPAÑOLES <sup>(1)</sup>

SEÑORAS Y SEÑORES:

Es lo primero rendir gracias á los que me habeis brindado con nueva coyuntura, y tal como es esta, demostrar al público español la vena de mis pensamientos, poniéndolos así á prueba.

Gusto aún más de estos festejos desde que sobre ellos ha caído algo de la desestima que suele aquí caer sobre todo aquello, que ha perdido el hechizo de su novedad; reducidos á hábitos nos atraen con fuerza á los que tiramos á hacer nuevo el sol de cada día y de la vida una creación continua.

Me habeis llamado á una ciudad á la que poco más que de nombre conocía hasta hace poco, con la que no me ataba hasta hoy, lazo especial alguno, y es que no me habeis llamado á mí, sino á las tendencias—pues no me atrevo á darles el nombre de ideales—que me empujan y avivan, á los anhelos que un español que entre vueltas, tumbos, arredros, esguinces y rodeos, busca, con otros, luz de nuevos senderos para su patria.

Tengo á la vez por seguro que esta llamada quiere decir que estímais ha de robustecerse estas fiestas con preocupaciones de algún peso, con las inquietudes que mueven ó pueden mover al alma na-

(1) Conferencia pronunciada el 3 de Agosto, en la ciudad de Cartagena.







cional, que si son justas literarias, no se contrae la literatura ó solo vaga amenidad, sino que ha de ser espejo del alma toda retratando sus más entrañados desasosiegos. Por haberlo así entendido, metisteis en vuestro cartel puntos de largo alcance social. Me imagino venir más que á distraeros en un juego, á celebrar un oficio de culto patriótico

Es, además, faltar de balde al pueblo que concurre á estos certámenes el suponer que le enojen ó cansen las pláticas graves, como se hace bien poco honor á la mujer en estimar que su presencia aquí pide mayor frivolidad y fuegos de artificio, como si lo dicho para hombres no puedan oirlo, entenderlo y aquilatarlo ellas. ¡Triste condición la del fetiche! ¡Desgraciada postura la del ídolo fijo al altar y en él preso, al que se sahuma con el barato incienso de fáciles galanterías' más para tenerle sometido á los caprichos del interesado y arbitrario adorador! Y con él se hace lo que en no pocos lugarejos con la imagen milagrera á que se pide algo; si no se pliega á la rogativa ¡al pozo con ella! Quiero hablar, pues, para varones y mujeres, para *hombres*, dando á esta palabra el ancho sentido en que abarca á unos y otras.

Y ahora ¿que os digo?

Al mandarme acudir á vuestro llamamiento, empujábame mi ánimo á encajar en este acto alguno de los cuidados de orden ideal, enseñadores por ahora de mi mente, sin azorarme por eso que las gentes de mundo llaman oportunidad y que lo es nada más que pasajera. A lo que está de Dios quiero estar siempre, sin doblegarme á lo que pasa y no queda. ¿A Cartagena? me pregunté, y el solo nombre de vuestra ciudad me sirvió ya de asidero. Para remacharlo y redondearlo me moví á oír lo que de vuestra población nos cuentan las historias.

Porque ella atrae á la memoria al pueblo que según los más avisados revolvedores de cosas viejas bautizó á nuestra patria. Pues dicen que Ispania, nombre con que los cartagineses dejaron á los romanos, nuestra península, vale en lengua fenicia tanto como Isla del Tesoro siendo este tesoro los criaderos minerales del subsuelo de la tierra española, de esta comarca muy especial, una de las primeras en que







echaron pie aquellos navegantes que con el trueque de productos de la tierra y de la industria derramaban el comercio de ideas: la cultura. Esta ciudad evoca el recuerdo de las primeras invasiones históricas en España; colonia acaso griega, fenicia tal vez, fué primero; cartaginesa después, asiento de aquellos marinos semitas que pusieron el arte militar al servicio de los intereses mercaderes.

Aquí, en España, se desarrolló la lucha entre Cartago y Roma por el adueñamiento del mar Mediterráneo de una parte, de nuestras riquezas minerales de otra. España fué el principal tablado de aquel drama. Seguido de españoles, más fieles y más duros que los nómadas, cruzó Aníbal el Pirineo y los Alpes para ir á endeblescerse de ánimo en las blanduras de Cápua. Riñeron por este mar, golosina de pueblos domeñados sucesivamente por tantos de ellos.

Lo sabéis bién, pues han pisado nuestros umbrales fenicios, vándalos, romanos, bizantinos, moros, aragoneses y catalanes con Jaime, castellanos con Fernando el Santo, ingleses con Drake. Estas cosas resenciaron, al Sol que nace de las aguas, el choque de dos civilizaciones y al apoderarse Escipión de vuestra ciudad, quedaron de hecho desterrados los cartagineses de España, subyugados nosotros al poderío romano y encarrilada desde entonces nuestra historia.

¡La historia! Pocas memorias más engañadoras que ella! Llevamos remachado en la retentiva un contorno geográfico de España; á algunos metros que el ras del mar bajase cambiaría ese contorno hasta llegar á hacernos irreconocible. Así nos ocurre con la fisonomía histórica de un pueblo. Si el nivel del olvido fuese bajando hasta dejar á descubierto terrenos hoy por él tapados, cambiaría la composición que de la historia europea nos forjamos. Es mucho más lo que vive y alienta bajo las crónicas en la hondonada de los hechos eternos, que cuanto ha quedado impreso en el tablero de los sucesos temporales. Los franceses de hoy son los galos que describieron Tito Livio y César, los alemanes, los germanos de Tácito; nosotros somos los iberos con su desconcierto y su cantonalismo, de que esta región dió no há mucho típica muestra; los sucesivos acarrees de pueblo no







han hecho más que dejar un ligero casco de sobre haz levadiza. Genio y figura hasta la sepultura.

Fuimos romanizados á pesar de Indibil, Mandonio, Viriato y Numancia; lo más y lo mejor de que á cuesta llevamos, debémoselo á Roma: latina es antes que nada nuestra cultura, pero ni le somos deudores á Roma de las entrañas de nuestro espíritu ni es de creer que háyamos aún convertido en carne y sangre propias, esa cultura misma de que estamos revestidos. Acaso para civilizarnos reprimió y comprimió Roma muchos de nuestros más radicales instintos; la corriente histórica no corre siempre pareja con la soto-histórica como no siempre sigue el río que á luz se tiende el rumbo mismo de las aguas subterráneas; hay fallas. Paréceme nuestra historia un sueño, un secular engaño, sin más que algún que otro momento de afloración de honduras, paréceme un combate del alma española con su estrella. Es muy profundo símbolo el de aquel Seguismundo que arrancó Calderón de los entresijos de su alma española: tan profundo como D. Quijote, su hermano. Llevamos á costas la pesadumbre de una cultura ni adentrada ni apropiada aún.

Derecho, lengua y religión, las tres potencias del alma popular, son en nosotros romanas, pero escarbando pudiera ser sintiéseis latir y aun resollar bajo ellas las almas más ó menos reprimidas de los derechos, las lenguas y las religiones nativas de nuestro pueblo.

Las mismas diferencias históricas que nos separan, herencia de las que se paraban á las tribus ibéricas, cubren unidad de fondo, una raigambre común que por el tronco nacional viene á formar con sus varias ramas comunidad de copa que al mismo sol verdece su follaje; la unión que nos corona y colma arranca de mucho más abajo de lo que se crée, y en todo caso una convivencia secular, baja educación latina, nos ha aunado á todos soldando aquel revoltijo de gentes.

El meritísimo investigador de nuestras costumbres de derecho, don Joaquin Costa, se engolosinó y preparó á su labor escudriñando nuestras antigüedades pre-romanas. Las partidas fueron obra de cultura, es verdad, pero obra de desespañolización á la par. Ellos, los roma-







nos, nos trajeron la concepción jurídica que de la propiedad abrigan los pueblos acaparardoes de tierra, los de los hitos y mojones son distinta de la concepción de los pueblos de pastores peregrinos, como de la concepción de mercaderes que peregrinan por el mar; acaso ellos borraron de nuestro país algo al modo de la redistribución del jubileo sabático, de que quedan aún rastros en nuestra patria.

Vengamos á la lengua.

Lengua latina es hoy el más apretado nudo de unidad nacional; en ella pueden y deben encarnar nuestros espíritus. Latino es también el catalán, hermano del castellano, latino y español. Verdaguer ha sido un genio de urdimbre íntimamente española en puro catalán español, y en puro español, universal; Camoens, que escribía como su lengua, la castellana, pertenece á la raza común ibérica.

Mas el latinismo de la lengua española es lo corpóreo de ella y aún siendo de pura copa latina, cierto comezón por distinguirse parece arrastrar á no pocos escritores, aún sin ellos percatarse, á anteponer el caudal allegadizo de los libros latinos, las voces que de estos sacaron para meterlas en nuestra lengua cuando ya ésta estaba madura, los *calongues é prestes sabidores de la fobla de Julio é Marón*, prefiriéndolas á la vieja herencia popular, al fondo romanceado y entrañado, españolizado en siglos de empleo diario, al que desde los soldados romanos que nos dieron su lenguaje vino haciéndosenos propio al rodar de boca en oído y de oído en boca. Y así construyen un desabrido idioma escolástico, oratorio y libresco que rehuye por instinto, de toda expresión que chorrée vida arrancada al tráfigo de los quehaceres de cada día. Contra un rebuscamiento hay como remedio otro; pues tal es la ley del vaivén. Bajo la lengua oficial, urbana y parlamentaria, la de la prensa y la escuela, verbenea en los campos, otra, aun no se ha acabado de remejer y cuajar en masa viva los dialectos populares y campesinos del romance castellano. De latin el digerido, no el indigesto!

Mas es á la literatura á donde hay que ir á gustar el espíritu de nuestra habla, nuestro lenguaje interior. De muy antiguo nuestros







ingenios vistieron de latín sus ideas, mas siempre guardando su manera privativa y propia. Séneca y Lucano primero, Prudencio después destácanse con sello propio en la literatura latina, tienen ya el estilo, ora inchado, ora sentenciosa, el estilo profético que ha de señalar á nuestras letras; llevan semilla los vicios de éstas, vicios á la vez arranque de sus virtudes. Es su expresión apasionada, intemperante, violenta y excesiva, pasando de la elipsis á la redundancia, quebrándose á ratos de sutil, oratoria y hasta declamatoria á cada paso, nada horaciona.

Nunca fuimos de corazón clásicos, románticos siempre, y hasta atropelladores de esa quisicosa que por ahí fuera denominan buen gusto y que es su gusto, el de ellos.

Tan trastocado anda el juicio que se llama castizos á clásicos nuestros que tuvieron de castizo poco, influídos ya por latinos, ya por italianos, ya por franceses. A nombre de latinismo se nos predica claridad y parsimonia, armonía y medida, y esa claridad es la claridad francesa, que se logra cerrando los ojos al misterio, y esa armonía es la armonía italiana de melosas cadencias trovadorescas. Se nos dice que debemos podar nuestra lengua literaria y poética como si se tratase de criar en huerta árboles frutales y no dejar que crezcan bravíos én el soto árboles de follaje que den frescor de sombra y espesura en que cuelguen sus nidos los ruiseñores que enjaulados mueren.

El conceptismo que apunta en Séneca, el gongorismo que asoma en Lucano y el realismo truculento de Prudencio, hermano del realismo escultórico de los Cristos desconyuntados y sanguinolentos y de las Dolorosas con lágrimas, fueron y son rechazados naturales de un espíritu apretado por una estética arrimadiza y de pegadura. Las épocas de imitación han sido las más baldías de nuestra literatura, aquellas en que menos nos hemos asimilado lo ajeno. Imitación sólo dió algo de castizo y de genuino la de los arrebatados acentos del profetismo hebráico, semítico, de la austera voz del desierto. No la imitación, la comparación es la que rinde fruto.







Y ahora parad por un momento en la religión, que es la única filosofía de veras popular, donde mejor se revela el natural todo de un pueblo. Triste cosa es, en verdad, que se hable hoy aquí tanto y tan á tontas y á locas de eso que llaman cuestión religiosa, y que no lo es, sinó política-elesiástica, tanto de parte de una facción como de parte de la contraria. Debajo de ella hay para muchas almas de españoles y puede y debe haberla para las más de ellas á poco que se les hurgue y zarandée los hondones, una verdadera cuestión religiosa: la inquietud de cómo han de comulgar con su Dios y descubrirlo.

Dios es uno, pero se aparece bajo distintas apariciones á cada pueblo y acaso al nuestro se lo tienen velado bajo espesos cortinones. Se nos ha pegado ese maridaje de Evangelio galileo y de derecho romano en que aquél se nos oscurece y enturbia, ese funesto arreglo entre el sermón de la montaña y las doce tablas. Y así se ahogan ó se contrahacen las ansias radicales del pueblo.

Bajo el fetichismo y la superstición populares de nuestros campos, como bajo el fetichismo y superstición arábigos en tiempos de Mahoma, alienta un soplo religioso y de religión no estética sinó de visión y sentimientos ardientes y ahincados, de la tragedia de la vida, de la vida que es sueño, un soplo de sabiduría salomónica, del Eclesiastés, y con ella un cierto culto á la muerte vivificadora, culto que despuntaba ya en el etoicismo seneguiano. El sentimiento de la nadería de todo lo temporal ante lo eterno, dá á nuestro pueblo una entereza que le abroquela contra los embates de la vida. Con ocasión de nuestros recientes desastres se ha ponderado por ahí fuera, allende el Pirineo y no sin cierto dejo irónico, la filosofía de nuestro pueblo. No comprenden bien la reposada sumisión al Destino, que es nuestra mayor fuerza de aguante. Esta resignación, que no es modorra á poco que el progreso nos aguijonee, puede pasar de ser una rémora á ser un regulador del acicate. El meollo de la lección del vanidad de vanidades, que tan á pecho tomamos, nos ha de ayudar al mejor cultivo de esa misma vanidad imprescindible; á soñar bien la vida pasajera.







¡Lejos de nosotros torpes pujos de desquite! Sin volver la vista atrás ni acongojarnos por lo irremediable, avancemos mano á la manquera, tranquilos y armados para el Destino justiciero. No guardamos rencor alguno al instrumento de que se valió recientemente la eterna justicia para aleccionarnos con castigo duro.

La más acabada versión del espíritu evangélico á letra española, la tenemos en aquellos jugosos pasajes del más privativo de nuestros genios, de Calderón, en aquellos versos de la obra hermana del «Quijote» «La vida es sueño»:

Soñemos, alma, soñemos  
otra vez, pero ha de ser  
con atención y consejo  
de que hemos de despertar  
de este gusto al mejor tiempo.  
.....

Dame los brazos

¿Qué dices?

Que estoy soñando y que quiero  
obrar bien, pues no se pierde  
el hacer bien, ni aun en sueños.

¡Divinas sentencias! Con las que solo es ponederero el parangón, como revelador de nuestra religiosidad española, el Cristo de Velázquez soñando la muerte.

Sentido religioso es el que lleva á una parte de nuestro pueblo cuando á la conquista del pan despierta, no á abrazar de preferencia el socialismo, que es una escuela económica llevada á partido político ó la inversa, sino hacerse anarquista, porque el anarquismo es ante todo y sobre todo religión, religión atea y de aquende la tumba si se quiere, pero religión al fin, en que se entra por fe y no por raciocinio; religión con mártires é inquisidores, con ensueños milenarios y locuras apocalípticas, hasta con culto; es la religión que diviniza al hombre como el cristianismo humaniza á Dios. Apenas le han dejado á su alcance otra; es más, ensáyase enseñarle á odiar lo que bajo una balumba tan quitadiza como postiza es, le sazona la recatada vida del corazón.

Abismáticos sentires arraigan en la escondida religión del pueblo y







como la religión fué y sigue siendo para él manantial de vida, en ella fue á buscar el nuestro su cimiento de unidad. Sintiéndose cada individuo encastillado en lo que un inglés, D. Martín Hume, llama la *individualidad introspectiva* del español, sentía á la vez la necesidad de fuerte liga social; el pozo anarquista pedía á gritos costra autoritaria. Las tribus que atraviesan el desierto ha menester de un caudillo de recia mano; los borregos de por sí se juntan, por natural rebañego. Ya de antiguo se distinguieron los hispanos á la vez que por su indisciplina por su apego al cabecilla, extremado al punto que la costumbre dicha del agermanamiento muestra. Buscóse, pues, unidad y se buscó en la religión. La desgracia fué que no fuese sobre un credo amplio y sóbrio, austero y sencillo, algo así como un islam cristiano, bajo un concepto, y mejor que concepto sentimiento de la Divinidad, que por su poca comprensión y mucha sencillez le permitiera una extensión vasta, bajo el Dios insondable y cordial de los abismos de los cielos, de las tierras y de los espíritus, que así impuso unidad al musulmán y fué sin embargo, tolerante con las demás creencias. En vez del «acto de noticia confusa, amorosa, pacífica y sosegada», para decirlo con decir de nuestro San Juan de la Cruz, nos dió el latino un tejido de dogmas, fórmulas, rúbricas y prescripciones muy lejano de la libertad y de la sencillez evangélicas, una trama codificada en que el espíritu se ahogaba.

Y, así, concluída la reconquista, acabó de romanizarnos la invasión cluniasence, se desterró á judíos y moriscos, no en nombre de Dios, que nos era común, sino en nombre de una teología peor ó mejor interpretada y encubridora de bajas pasiones y la Inquisición brotó al cabo. Y este poder tétrico, surgido de una tan natural cuanto nativa raiz ahogó al alma misma que le diera comienzo.

Contra él se rompe la marea de renovación íntima; sucumbió el espíritu bajo la letra en que encarnara. Dos veces nos ha vencido Roma.

Y aún aguarda nuestro pueblo para revivir á vida nueva su Reforma reforma de simplificación, una reforma indígena, popular y laica, y no de remedo ni de sacristía tampoco, pero reforma religiosa al fin y al cabo, pues mediante reformas tales han cobrado otros pueblos la ente-





ra conciencia de su propio y privativo espíritu, se han conquistado á sí mismos, desesclavizándose del extranjero.

Cuanto más tarde en acabar de españolizarse el cristianismo, más tardará en acabar de civilizarse, es decir, de cristianizarse nuestra España. Y esto no hay que ir á buscarlo fuera, sino dentro de la religión misma que los romanos nos dieron, bajo el chapeado de sus pegotes, en su ganga. En las entrañas de nuestro catolicismo latino, si es que en alguna parte vive el cristianismo español. De ellas empezaron á entresacarlo nuestros místicos, delanteros de una referma que no llegó á cuajar. Hemos de nutrirnos de ciencia la cabeza y de piedad el corazón, hermanando la investigación libre con libre su- misión al deber y al sacrificio. Todo esto que rebulle en el riñón de nuestra alma colectiva, hay que ir á buscarlo y recogerlo.

Mas ¿cómo? Lo sé por mí mismo. Descubro mis venerus espiri- tuales comulgando con mis prójimos, cada nuevo amigo que gana anima un escondrijo hasta entonces inanimado, de mi espíritu y no tanto por lo que de sí me dan, cuanto por lo que de mí mismo me de- vuelven, me son los amigos valederos. Y así con los pueblos. Cuanto más nos abramos á las corrientes de fuera, así más avivaremos los manantiales de dentro, pero ha de ser á las corrientes todas, sin dañosos deslindes. Se me ha dicho alguna vez que germanismo y anglo-sajonismo es conveniente donde so capa de una latinidad, en gran parte ilusoria, afrancesan ó italianizan los más. Menester es contrarrestarlos. Además, amor con amor se paga, y nuestras más propias peculiaridades se entienden y estiman mejor en los países que de vulgo ilustrados se supone sernos más extraños. Hay quien no toman ni alaban de nosotros, sino lo que nosotros de ellos recibiéramos; recojen lo suyo ataviado con ornato exótico con lentejuelas, flecos y alamares españoles. Celebran la españa pintoresca ó la som- bría, la del bolero ó la del auto de fe, y nos creen revolcándonos entre voluptuosidad sangre. Debemos abrírnos á la estrella de los vientos que se neutralicen todos ellos, sin amarrarnos á tales ó cuales influen- cias exclusivas.

Se nos ha dicho y repetido—y yo lo he dicho y repetido por mi







parte—que debemos europeizarnos. Me desdigo; europeizarnos no, que Europa nos es pequeña, universalizarnos más bien, y para ello españolizarnos aún más. Cada día ahonda y se enraíza en mí más la convicción de que al hombre universal y eterno hay que ir á sacarlo del seno del hombre local y pasajero, que cuanto más de su temporada y más de su pago se es, es uno más de los tiempos y de los países todos, que no por vía de remoción y exclusión de diferencias, sino por inclusión y fusión de ellas es como se llegará al hombre común. A la hermandad celeste que nos una y abarque á todos, hemos de llegar á través de los abismos terrenales de nuestro sér. Y véle ahí por qué la patria es hoy por hoy el único ideal concreto en que quepa tomen carne los ideales económicos, religiosos y de cultura, siempre más abstractos que ella, la patria, es el cuajadero de los ideales humanos todos. Y aquí el culto á la patria; cuando por acceso existe, viene á ser ó supersticioso ó fanático. No se lo rendimos, tal cual les es debido, á sus santos; y sino comparad el que se da á Shakespeare en Inglaterra ó á Goethe en Alemania, con lo que aquí le pasa al bueno de Cervantes, cuya obra perduradora, la Biblia Nacional, debiera ser nuestro breviario patriótico y materia de meditación frecuente. Un americano de cepa española, el uruguayo Nin y Frías, nos muestra el camino en su proyecto de una *Sociedad Cervantes*.

Y lleva el alma española gran ventaja para complejizarse, y es la variedad interna del cuerpo en que habita, de la Península ibérica, rica en contrastes de clima y de terreno. Y aun añadid la América española. Estos mismos certámenes que de algún tiempo á esta parte menudean en España toda, al ser esfuerzos por descentrar y aun descentralizar la cultura española, nos llevan á lo mismo que cuadrando á esta ocasión, os predico. La vida misma nos aprontará entronque y soldadura de los diversos intereses y sentimientos regionales. soldadura que nos lleve á cobrar con ciencia común y ésta á justificar nuestra existencia como nación sustantiva.

Hemos, pues, de españolizarnos aún más, entresijándonos la cultura latina, haciéndola nuestra, mas sin hacer por ello latino nuestro espíritu. Usemos de ese precioso apere que á los romanos debemos para





desagobiarnos de él y de ellos; echemos mano como á un arado á esa cultura, que en mucha y buena parte llevamos á cuestras como un arreo. Así se nos gozará ella.

Reconocidos hemos de quedar para siempre á Roma. Aquí mismo empezásteis por beneficiar en vuestra minería los grandes escoriales romanos para pasar más tarde á los nativos criaderos. Y esto debe enseñarnos á socavar los yacimientos de esa cultura, en busca de nuevos filones espirituales en la roca eruptiva del alma popular. Lo cual exige procedimientos de explotación más complicados, y son estos procedimientos lo que hemos de ir á aprender fuera, á aprender como se aflora y beneficia las propias riquezas, y no á traer, ya acuñadas las ajenas.

Tal vez yazga nuestro lejano porvenir en nuestro remoto pasado; en lo pasado nó, en lo eterno, en lo antehistórico, que es lo soto-histórico. Dejádme soñar que acaso nos aguarde la ventura por debajo de la historia y de la tradición puramente histórica por ende de la tradición de los que así mismos se dicen tradicionalistas, de esa tradición amasada no con las madres, sinó con las borras del espíritu pátrio, formada no por sus canteras, sinó por sus escombreras de esa tradición que no es criadero sino escorial, y que en el Escorial del tercero de los Austrias tiene su monumento.

Acudamos á lo eterno  
que la fama vividora  
donde ni duermen las dichas  
ni las grandezas reposan

que decía el Seguismundo Calderoriano.

¿No habrá recurso de sarcar á luz y aire los yacimientos de nuestros sótanos espirituales, nuestros rebaños ibéricos, berberiscos tal vez para orearlos y solearlos así? Los defectos mismos, y mejor que defectos excesos de nuestra raza, pueden servirnos de sillares de fortaleza, acertando á tallarlos á nuestro coste. Os motejan de moros que quienes pudiera ser lo sean más que vosotros. Moros? y porqué nó? Los llamados bárbaros del Norte remozaron al desmayado imperio romano, ¿quién sabe si tocará la vez á los<sup>2</sup>supuestos bárbaros del







mediodía? ¿Quién sabe si curarán ellos á los pueblos codiciosos y ahitos de la vida que pasa? Hablaron de pueblos moribundos los soberbios que creen deber á su mérito y valimiento las gracias del Destino, que hoy acorre á éste y luego á aquél según el viento de lo eterno sopla. El hombre propone y Dios dispone, reza un viejo refrán español, lo que quiere decir que nadie escapa al todo poderlo del Destino.

Quizá lo que nos hace menos acomodadizos á la clase de civilización que hoy en día priva en el mundo, nos haga mañana eso mismo más aptos para una venidera; mientras otros corren desalados á la caza de la tornadiza Fortuna, pudiera muy bien ser fuese lo más cuerdo esperarla á la puerta de casa, cara á Levante, á que venga á visitarnos. Y esperarla poniendo oído á todo rumor y vista á todo bulto que cruce el campo, abriendo el pecho á toda brisa, dando con el mazo, sí, pero sin olvidarnos de rogar con ruego activo del corazón, pagando.—Quijotes de retorno á la aldea natal y Seguismundo de vuelta á la cueva—pagando los pecados de altanería y de presunción de, cuando grandes en la historia nos creímos ministros privilegiados de la Providencia, purgándonos de las escuarras de seculares resabios.

Vosotros que zahondais en las entrañas del suelo patrio de la Isla del Tesoro, escarvándolas para repartir sus riquezas entre los pueblos todos, confiándolos al mar por donde recibís al mundo; vosotros que teneis en Vicente Medina á un poeta que avizora en los repliegues y recovecos de vuestra alma popular para descubrirle la vena de los sentires, sacárselos y regalarlos luego convertidos en cantares á otros pueblos hermanos; vosotros los hijos de esta ciudad tan entrañablemente española como de veras universal, de esta ciudad que recibió á los africanos de Cartago y de dónde para la conquista de Africa zarpó Cisneros; vosotros estais singularmente preparados á la labor que á todos nos toca llevar á cabo.

Estais derribando las murallas con que os ciñeran, tras larga breiga por conseguirlo, deshaciendo la obra guerrera que inició Asdrúbal en vosotros quebrantando el sello militar para haceros del todo





mercaderes. El mar os llevó al nuevo mundo, y si los cartagineses dieron á vuestra ciudad nombre, vosotros los cartageneros se lo disteis á otra ciudad, aunque joven, ya de preñados anales, á Cartagena de Indias en el Mediterráneo americano, en el mar de las Antillas, á Cartagena de Indias, principal testigo de las azañosas empresas de Simón Bolívar, el héroe de abolengo español, el emancipador de la América española. Y al emanciparla de nuestro torpe gobierno de entonces, le salvó el alma española, al partir cuerpos mal unidos á tan luengas distancias, preparó la más acabada comunión de las almas. Con nuestras raíces tenemos que buscar buceando en nuestras honduras, las raíces de los pueblos hispano americanos, que son las nuestras. Allí se reproduce nuestra historia, allí al toque con el desierto, rebrotan nuestros más peculiares cantos, con sus tonadas, sus cadencias, su dejo todo. Los esfuerzos de los que se empeñan allí en cosmopolitizar, ó sea en latinizar y más bien afrancesar á sus pueblos, rebotan en la peña viva del alma popular, y como nosotros, han de hallar la universalización que persiguen socavando en las profundidades de su propio sér.

De lamentar es que haya escritores de habla castellana que se estropeen el espíritu adrede para poder pordeosar elogios tan desdeñosos como cortesés de la ensimismada crítica parisiense. Mas no todos se desarraigan así de la otra banda del océano, sino que los hay también y en muy buena porción, que se buscan y buscan originalidad ahondando en su propio pueblo. Hermanaos con ellos, vosotros, los que buscáis el corazón de vuestro espíritu rompiendo ligaduras.

Estais rompiendo las murallas ¡hazaña simbólica! y abriéndoos á la rosa de los vientos. Y con el esfuerzo por ensanchar el cuerpo de vuestra ciudad, os esforzáis por ensanchar la del alma, mandando al extranjero, sin regateo ni tasa, á los maestros de vuestros hijos, á que os traigan fresca levadura y contribuyan así á derrocar las murallas espirituales que separan la antigua España, la muralla en cincho de berroqueña tradición histórica, de la que en torno de ella, pero sobre la misma común roca de sustento ha ido acentuándose.

Me recuerda este pueblo á mi pueblo. Bilbao, mercantil y minero





mercaderes. El mar os llevó al nuevo mundo, y si los cartagineses dieron á vuestra ciudad nombre, vosotros los cartageneros se lo disteis á otra ciudad, aunque joven, ya de preñados anales, á Cartagena de Indias en el Mediterráneo americano, en el mar de las Antillas, á Cartagena de Indias, principal testigo de las azañosas empresas de Simón Bolívar, el héroe de abolengo español, el emancipador de la América española. Y al emanciparla de nuestro torpe gobierno de entonces, le salvó el alma española, al partir cuerpos mal unidos á tan luengas distancias, preparó la más acabada comunión de las almas. Con nuestras raíces tenemos que buscar buceando en nuestras honduras, las raíces de los pueblos hispanoamericanos, que son las nuestras. Allí se reproduce nuestra historia, allí al toque con el desierto, rebrotan nuestros más peculiares cantos, con sus tonadas, sus cadencias, su dejo todo. Los esfuerzos de los que se empeñan allí en cosmopolitizar, ó sea en latinizar y más bien afrancesar á sus pueblos, rebotan en la peña viva del alma popular, y como nosotros, han de hallar la universalización que persiguen socavando en las profundidades de su propio sér.

De lamentar es que haya escritores de habla castellana que se estropeen el espíritu adrede para poder pordeosar elogios tan desdeñosos como cortesés de la ensimismada crítica parisiense. Mas no todos se desarraigan así de la otra banda del océano, sino que los hay también y en muy buena porción, que se buscan y buscan originalidad ahondando en su propio pueblo. Hermanaos con ellos, vosotros, los que buscáis el corazón de vuestro espíritu rompiendo ligaduras.

Estais rompiendo las murallas ¡hazaña simbólica! y abriéndoos á la rosa de los vientos. Y con el esfuerzo por ensanchar el cuerpo de vuestra ciudad, os esforzáis por ensanchar la del alma, mandando al extranjero, sin regateo ni tasa, á los maestros de vuestros hijos, á que os traigan fresca levadura y contribuyan así á derrocar las murallas espirituales que separan la antigua España, la muralla en cincho de berroqueña tradición histórica, de la que en torno de ella, pero sobre la misma común roca de sustento ha ido acentuándose.

Me recuerda este pueblo á mi pueblo. Bilbao, mercantil y minero





mercaderes. El mar os llevó al nuevo mundo, y si los cartagineses dieron á vuestra ciudad nombre, vosotros los cartageneros se lo disteis á otra ciudad, aunque joven, ya de preñados anales, á Cartagena de Indias en el Mediterráneo americano, en el mar de las Antillas, á Cartagena de Indias, principal testigo de las azañosas empresas de Simón Bolívar, el héroe de abolengo español, el emancipador de la América española. Y al emanciparla de nuestro torpe gobierno de entonces, le salvó el alma española, al partir cuerpos mal unidos á tan luengas distancias, preparó la más acabada comunión de las almas. Con nuestras raíces tenemos que buscar buceando en nuestras honduras, las raíces de los pueblos hispanoamericanos, que son las nuestras. Allí se reproduce nuestra historia, allí al toque con el desierto, rebrotan nuestros más peculiares cantos, con sus tonadas, sus cadencias, su dejo todo. Los esfuerzos de los que se empeñan allí en cosmopolitizar, ó sea en latinizar y más bien afrancesar á sus pueblos, rebotan en la peña viva del alma popular, y como nosotros, han de hallar la universalización que persiguen socavando en las profundidades de su propio sér.

De lamentar es que haya escritores de habla castellana que se estropeen el espíritu adrede para poder pordeosar elogios tan desdeñosos como cortesés de la ensimismada crítica parisiense. Mas no todos se desarraigan así de la otra banda del océano, sino que los hay también y en muy buena porción, que se buscan y buscan originalidad ahondando en su propio pueblo. Hermanaos con ellos, vosotros, los que buscáis el corazón de vuestro espíritu rompiendo ligaduras.

Estais rompiendo las murallas ¡hazaña simbólica! y abriéndoos á la rosa de los vientos. Y con el esfuerzo por ensanchar el cuerpo de vuestra ciudad, os esforzáis por ensanchar la del alma, mandando al extranjero, sin regateo ni tasa, á los maestros de vuestros hijos, á que os traigan fresca levadura y contribuyan así á derrocar las murallas espirituales que separan la antigua España, la muralla en cincho de berroqueña tradición histórica, de la que en torno de ella, pero sobre la misma común roca de sustento ha ido acentuándose.

Me recuerda este pueblo á mi pueblo. Bilbao, mercantil y minero







también, aquél en el Atlántico, éste en el Mediterráneo, en el Mediterráneo que al abrirse el istmo de Suez, dejó de ser el *mare nostrum* europeo. Y lo que dije á mis paisanos, os lo digo hoy: la riqueza sin arte es barbarie. Solo vale la riqueza en cuanto promoviendo cultura, librándonos de la pesadilla del diario sustento y haciendo que el perentorio mañana no nos tape el perdurable ahora, nos permite apartar los ojos de la nodriza tierra, desligándonos de ella, y volverlos hacia dentro, al cielo, al cielo espejado en los abismos de la propia conciencia.

Sé que de la cultura os cuidáis, que rendís culto al porvenir encarnado en los niños, que queréis que las tumbas cedan lugar á las cunas; sé que la educación de vuestros hijos es vuestro mayor quebradero de cabeza y que esta ciudad va á la delantera de la vanguardia en la regeneración educativa de España; sé que hacéis de la escuela templo, único camino para que llegue á ser el templo verdadera escuela, escuela de libertad, de sinceridad de verdad, de sencillez y de tolerancia cristianas.

Otorgadme para finalizar un desahogo. Juzgo de mi España por mí mismo. Mi apego á la propia individualidad va cambiando en ausión de personalidad inacabable sobre la roca inaconmovible de mi alma, que es la roca misma de vuestras almas todas, sucedense invasiones de ideas que se disputan mi campo, luchan y se en-crespan y enardecen unas contra otras, dejando rastro de sí cada tropa de ellas y en este torbellino que no para, no sé cuándo ni dónde he de descansar ni mi corazón ni mi cabeza; no lo espero hasta que hermanos no me hayan acostado para siempre en tierra española, nuestra cuna viva y avivadora. Peleo sin descanso, peleo por descubrir en mí al hombre universal y eterno, y en esta pelea siento españolizarme cuando de ménos castizo español se me tilda. Bajo esta mi polvareda íntima en que se me borra el recinto de mi propia conciencia, fragua mi religión y sueño que mi patria es té en silencio y á oscuras fraguándose la suya.

Y ahora, permitiéndome este desahogo, forzoso me es concluir. Me habeis abierto vuestras puertas, las puertas de mi corazón os abro; en él llevaré en adelante á Cartagena.







Y vosotras que más ligadas á tierra, retenéis mejor su espíritu, habreis de ser las más fieles guardadoras del alma patria. Cogidos á mano de mujer aprendimos á dar los primeros pasos en nuestro suelo; cogidos á mano de mujer entramos en la vida del trabajo y de la familia. Pura fantasía en este efímero reinado en fiesta; pura fantasía si no es símbolo del reinado permanente en el hogar. Aquí sólo se reina, allí se gobierna además. Si se atrae con la hermosura de cara y porte, sólo se retiene con la hermosura de corazón. Dispensadme si no sé echar etras flores, de las que acaso se ajan sin dar fruto. Tarea de empeño se abre hoy á las madres españolas, y las que habéis de serlo algún día tan solo pensaréis en fiestas para reponeros en ellas de la pesadumbre de más graves cuidados. Regocijaos, jugad y reid ahora entrojando alegría para mañana; del caudal de goces que alleguéis en vuestra perfumada juventud, sacaréis mañana en vuestra fugosa madurez, consuelos con que refrescar en la lucha de los hombres á quienes acompañes de la mano, consuelos con que les confortéis al enjugarles el sudor de la pelea. Decídselo asi, señora, á vuestras paisanas.

MIGUEL DE UNAMUNO.

